

La gran divergencia. La no-Europa antes de 1800.

INTRODUCCIÓN

Rafael Barquín Gil

Departamento de Economía Aplicada e Historia Económica
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

Contenido

OBJETO DE ESTUDIO	2
ÁMBITO DE ESTUDIO	17
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	21



OBJETO DE ESTUDIO

La gran divergencia es uno de los *puzzles* de mayor éxito en la Historia Económica de los últimos tiempos. En esta disciplina, como en otras, se denomina *puzzle* a un conjunto de investigaciones y debates alrededor de una cuestión polémica, que ha tenido un gran desarrollo en la bibliografía, y sobre el que no existe un consenso académico. En inglés la palabra “*jigsaw*” es el equivalente de nuestro “puzle” (palabra aceptada por la Real Academia de la Lengua); es decir, el juego consistente en unir 200, 500 o 5.000 piezas hasta formar una imagen. En cambio, “*puzzle*” vendría a ser equivalente a nuestro “rompecabezas” o “acertijo”; y también, aunque menos frecuentemente, “puzle”. *La gran divergencia* tiene algo de “puzle” – hay que unir muchas piezas dispersas–, pero también tiene algo de “rompecabezas” –hay que resolver problemas intrincados–. De ahí que sea preferible denominarlo *puzzle*, en inglés y con dos incómodas zetas.

Esta expresión, “la gran divergencia”, no se hizo común entre los historiadores económicos hasta 2001 con la publicación del libro de Kenneth Pomeranz, *The great divergence*. En muchos sentidos es un concepto del que podría prescindirse pues no recoge ninguna idea nueva. Esa divergencia sería la creciente separación en las condiciones de vida (o en los niveles de renta, o en cualquier indicador razonable del bienestar) de Occidente con respecto a las demás civilizaciones, especialmente China e India. Consideremos, por ejemplo, las estimaciones de PIB per cápita realizadas por Angus Maddison, que han venido a ocupar una posición “oficial” entre los historiadores económicos. En 1820, el PIB per cápita de Gran Bretaña en dólares de 1990 vendría a ser unas tres veces mayor que el de China o India (1.706 \$ frente a 600\$ y 533\$, respectivamente). En 1870 sería unas seis veces mayor (3.190\$ frente a unos 530\$, en los dos casos). En 1913, unas ocho veces mayor (4.921\$ frente a 552\$ y 673\$, respectivamente). Y en 1973 unas catorce veces mayor (12.025\$ frente a 838\$ y 853\$). En los últimos decenios esa diferencia se ha reducido sustancialmente, pero aún sigue siendo unas seis veces mayor; es decir, el doble de lo que era en 1820. Por supuesto, esas estimaciones son inseguras y están sujetas a una gran controversia. Pero cualquiera que sea el indicador empleado

siempre obtendremos el mismo resultado: durante el siglo XIX y buena parte del XX la distancia entre Occidente y Oriente fue acrecentándose.

Todo esto es bien conocido no ya por los historiadores, sino también por la mayor parte de la gente. Por tanto, si ese concepto, esa *gran divergencia*, tiene algún interés lo será porque plantea cuestiones diferentes. Ante todo una: ¿cuándo comenzó? De acuerdo a las estimaciones de Maddison, hacia 1700 el PIB per cápita de Gran Bretaña era bastante más elevado que el de China o India. Y según su criterio, también lo era en 1600 o 1500, una época en la que las diferencias en las condiciones de vida entre Inglaterra y Francia o España no eran grandes. De hecho, hay que retrotraerse hasta el año 1000 para encontrar cifras parejas entre Oriente y Occidente. Así pues, de acuerdo a las estimaciones de Maddison *la gran divergencia* habría comenzado durante la Baja Edad Media; o incluso la Alta. Es decir, mucho antes del inicio de la Revolución industrial, que convencionalmente suele situarse en la década de 1780 en Gran Bretaña. No obstante, algunos historiadores sostienen con buenos argumentos que en esos años finales del siglo XVIII no existían diferencias importantes entre el nivel de vida de los habitantes de Gran Bretaña y de ciertas provincias marítimas de China y del curso bajo del Yangtsé. Incluso hay quien ha querido ver una situación comparable en la India.

El asunto es complicado y, quizás, imposible de resolver. En todo caso, lo que ahora nos interesa es contemplar las consecuencias de una y otra postura. Si la gran divergencia entre Europa y Asia comenzó antes de la Revolución Industrial, podríamos considerar a ésta como una consecuencia “inevitable” de unos procesos que se remontan muy atrás. De hecho, viene siendo habitual considerar a la Revolución industrial como un proceso más que como una revolución propiamente dicha, cuyos orígenes podrían situarse a finales del XVII, comienzos del XVI, o incluso mediados del siglo XIV. Occidente –no específicamente Gran Bretaña– habría estado “predestinada” a dar el salto a la Revolución industrial antes que cualquier otra civilización. Incluso se puede argumentar que la Revolución industrial podría haber sucedido antes de ese siglo, pero en otro país. Por ejemplo, en Holanda en el siglo

XVII. Pero si en 1800 los niveles de riqueza de Occidente y Oriente (o, al menos, de una parte de Oriente) eran semejantes, la Revolución industrial aparece como la única responsable de la divergencia. Siendo semejantes las situaciones de partida, lo único que realmente separó a Gran Bretaña (y Europa) de China (y Asia) fue ese proceso. Dicho de otro modo: habría sido la “casualidad” de que la Revolución industrial comenzara en Gran Bretaña lo que explica la supremacía occidental durante los siglos XIX y XX.

Así pues, una de las cuestiones que se plantean en este *puzzle* es el papel de la Revolución industrial en la separación del mundo en países ricos y pobres. ¿Pero a qué obedeció la misma Revolución industrial? Es evidente que parte del crecimiento de la renta y el bienestar de Occidente respondió a factores que podemos calificar como endógenos, es decir, independientes de lo que sucediera fuera de ese ámbito. Pero también pudo haber factores exógenos. Al fin y al cabo, desde el siglo XV las naciones europeas fueron conquistando, ocupando y colonizando distintos territorios en todo el orbe, sobre todo en América. Por otro lado, se desarrolló un intenso comercio entre Asia y Europa, que a su vez conectaba el que existía entre Europa y América. Parece razonable suponer que todos estos procesos influyeran en el desarrollo económico de Europa; y que esa influencia fuera positiva. ¿Pero cuánto? ¿Y cómo? ¿El descubrimiento de América y de la Ruta de las Indias fue decisivo para el surgimiento de la Revolución industrial? Planteado el problema de forma más “cruda”, la cuestión que habría que dilucidar es qué parte del crecimiento europeo anterior a finales del XVIII fue una consecuencia de la extracción de recursos o riquezas de otros países. ¿Hasta qué punto Europa fue una civilización exitosa por ser “depredadora”? Lo cual nos conduce a la cuestión inversa: ¿Hasta qué punto el atraso de Oriente (o América Latina o África) fue una consecuencia de la depredación occidental?

Por otro lado, el *puzzle* de la gran divergencia guarda una relación estrecha con otro anterior, la globalización. Hay semejanzas formales entre uno y otro. La globalización, por obvia, tampoco parece merecedora de la acuñación de ese término. Vivimos en un mundo

globalizado, crecientemente globalizado; lo que es decir que anteriormente no lo estaba. Y ésta es la cuestión: lo que interesa es el por qué, el cómo y, sobre todo, el cuándo; exactamente igual que con la gran divergencia. De todos modos, en este *puzzle* hay un problema metodológico diferente. En la gran divergencia no hay una discusión importante sobre el objeto de debate, sino sobre su medición. En cambio, el problema de la globalización es conceptual: ¿Qué significa realmente? Si la definimos como la aparición de relaciones comerciales o de cualquier otro tipo entre partes muy alejadas del planeta, tenemos un mundo globalizado desde no mucho después de la aparición del primer *Homo sapiens sapiens*. Pero si la definimos como la situación en la que ningún ser humano puede vivir sin estar influido por decisiones tomadas por otros seres humanos que viven muy lejos, aún hay regiones del planeta, y no pequeñas, en las que no ha llegado la globalización. Entre esas dos posturas igualmente absurdas caben todas las intermedias. Pero las relevantes para el debate académico son las que sitúan ese mundo globalizado por primera vez entre finales del siglo XV y finales del siglo XIX; es decir, entre el descubrimiento de América y la Ruta de las Indias, y la Segunda Revolución industrial.

La relación entre los dos *puzzles* se plantea en los siguientes términos. Si el mundo estuviera globalizado desde, digamos, el siglo XVI, tendría sentido preguntarse en qué medida el progreso económico europeo que desembocó en la Revolución industrial habría sido animado por el robo de las riquezas de los países tropicales. Y también si el *gap* entre los niveles de renta de Europa y Asia fueron agrandados por la extracción de recursos o el freno a sus industrias; es decir, por el hecho de que, además de un crecimiento de la renta europea, hubo un decrecimiento o estancamiento de la renta asiática inducido desde Europa. Nótese que, en realidad, la globalización no necesariamente implica que las cosas sucedieran así; sólo abre la puerta a la posibilidad de que lo fueran. También podría darse el caso de que la globalización fuera temprana e igualmente venturosa tanto para Oriente como para Occidente. En cambio, si la globalización fue tardía y posterior a la Revolución industrial, sería inevitable concluir que los factores exógenos que explican la Revolución industrial habrían tenido poco peso en su desencadenamiento.

La gran divergencia adquirió las características propias de un *puzzle* con la publicación del citado libro de Pomeranz. Es importante comprender qué aportó en su día al debate historiográfico. La interpretación tradicional de los motivos por los que Europa era más rica que Asia ponía el acento en las características culturales, demográficas, sociales, etc. que separaban a aquélla de ésta y del resto de los continentes. Es lógico pensar así: si la Revolución industrial surgió en Gran Bretaña en el siglo XVIII sería porque “algo” allí era diferente. Podemos ir muy lejos tratando de identificar al primer autor que buscó esa especificidad. Quizás el primero en hacerlo con un mínimo rigor “científico” fuera el filólogo e historiador francés Ernest Renan (1823-1892), para quien la prosperidad de Europa y el atraso de Oriente Medio era una consecuencia directa de la superioridad del pensamiento occidental sobre el semítico; una idea con un significado no exactamente racista, pero cercano. Igualmente, Karl Marx (1818-1883) hizo algunas indagaciones sobre este asunto, más bien accesorias con respecto al objeto principal de su trabajo. Lo notable es que Marx no abordó el problema de la diferenciación económica entre Europa y Asia como un ejemplo más del paso del modo de producción feudal a otro capitalista, lo que hubiera sido previsible, sino a través de un modo de producción específico, el “despotismo oriental” o “modo de producción asiático”. Este concepto generó un gran número de controversias entre los historiadores marxistas posteriores, y fue progresivamente abandonado. El sociólogo e historiador alemán Max Weber (1864-1920) también realizó investigaciones valiosas sobre el problema. Su principal objeto de estudio siempre fue la religión; y la tesis que trató de probar era que los diferentes credos – budismo, hinduismo, confucianismo, judaísmo y cristianismo– generaban en los creyentes actitudes diferentes que se reflejaban en un diferente desarrollo económico. Desde una perspectiva muy distinta, Arnold Toynbee (1889-1975) también trató de explicar el diferente grado de desarrollo a través de una hipótesis cultural en la que un modelo histórico, el de la civilización grecorromana, era aplicado a las diferentes etapas que habrían seguido todas las civilizaciones del planeta; lo que llevaba a una cierta infravaloración de la misma Revolución industrial, algo difícil de sostener.

Durante la segunda mitad del siglo XX las interpretaciones históricas de los problemas relacionados con la globalización, la Revolución industrial y la industrialización, amén de la medición del propio crecimiento económico, fueron alcanzando un notable grado de sofisticación. El desarrollo de la cliometría y, sobre todo, del institucionalismo, proporcionaron nuevos enfoques. En esencia, se fueron abandonando las interpretaciones de tipo marxista o weberiano en favor de otras que ponían el acento en los derechos de propiedad (Douglas North) y el funcionamiento de los mercados (Robert Allen, Robert Brenner). A finales del siglo XX, poco antes de la publicación del libro de Pomeranz, las dos visiones que podrían haber alcanzado el mayor reconocimiento entre los especialistas eran la de Eric L. Jones en *El milagro europeo*, y la de David S. Landes en *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Hoy en día podemos reconocer esta escuela en autores como Daron Acemoglu *¿Por qué fallan las naciones?*, o Niall Ferguson, *Civilization: The West and the rest*.

Estas interpretaciones, como muchas otras (en realidad, como todas) ponen el acento en las peculiaridades de Occidente con relación al resto del mundo. Todos estos autores comparten la idea de que Europa era diferente. Y no sería demasiado inapropiado leer “mejor” donde dice “diferente”. Antes de la Revolución industrial, y con relación a Asia y, en particular, a China, Europa tenía una mayor dotación de servicios públicos, más libertades comunes, más libertad de mercado, mayor seguridad en los derechos de propiedad, unos mercados más extensos y profundos, un mayor desarrollo de su ciencia y la tecnología, y una menor presión demográfica. Así pues, sería el candidato idóneo para dar el salto a la industrialización. Este salto sucedió en Gran Bretaña por razones que parecen igualmente previsibles cuando se comparan unas naciones con otras. Pero, al fin, podría haber sucedido lo mismo en Francia u Holanda en otra época.

Contempladas a lo largo de estos dos siglos, desde Renan hasta Ferguson, las explicaciones sobre todos estos asuntos han ido convergiendo. Aún sin existir un consenso entre los especialistas parece evidente que muchas teorías de corte religioso/historicista se han ido

abandonando. Es posible que aún no se haya encontrado la “piedra filosofal” que explique por qué fue Europa, pero el campo de búsqueda es más reducido. Los problemas son más concretos, lo que quizás no siempre sea bueno. La misma decadencia de la terminología marxista (“clase social”, “sistema económico”, “modo de producción”, etc.) es una manifestación de la necesidad que los historiadores económicos han sentido de manejar conceptos bien definidos. Al fin, ése era el problema básico del “despotismo oriental”.

Entonces, ¿por qué es relevante el trabajo de Pomeranz? Básicamente, porque aporta una visión diferente al problema. Ante todo, pone en duda la idea de la superioridad económica de Europa sobre el resto del mundo con anterioridad al siglo XIX. Gran parte del contenido de su libro, *La gran divergencia*, es la mera presentación de los resultados de varias investigaciones que persiguen la medición de los niveles de consumo en China en el pasado (alimentos, manufacturas textiles, combustibles, etc.). A juicio de Pomeranz, la comparación con Europa revela que antes del siglo XIX no existían grandes diferencias entre Oriente y Occidente. Asimismo, llama la atención sobre el hecho de que dentro de cada ámbito las diferencias regionales eran considerables. Durante la Edad Moderna Gran Bretaña era más rica que España del mismo modo que las provincias marítimas chinas eran más ricas que las del Norte y el interior. Si tenemos esto en cuenta, y establecemos comparaciones entre regiones europeas y chinas semejantes, las diferencias en los niveles de vida serían reducidas.

Dado que los ingresos de la inmensa mayor parte de los habitantes de cualquier sociedad preindustrial avanzada están correlacionados con la productividad agrícola, habría que suponer que los arrozales chinos (las regiones prósperas se ubicaban donde estos eran dominantes) eran tan productivos por trabajador como, por ejemplo, las *enclosures* británicas. Una elevada producción agrícola por habitante exige un uso intensivo de insumos y una tecnología agrícola relativamente avanzada, así como un desarrollo notable de los mercados de bienes y servicios. La cuestión es que nada de esto se corresponde con una sociedad estancada como, presuntamente, sería China.

Por otro lado, la tesis de Pomeranz casa bien con las investigaciones de Joseph Needham sobre la ciencia y la tecnología en China. Needham no era un historiador económico; ni siquiera un historiador académico al uso. Sólo era un bioquímico aficionado a la Historia que pacientemente recopiló, ordenó y presentó los logros científicos chinos antes de la Revolución industrial. Needham demostró algo que, en realidad, siempre se supo: que hasta una fecha relativamente tardía, y variable según el campo, China fue la primera potencia científica y tecnológica del mundo, muy por delante de Europa, el Islam o la India. En consecuencia, el que los chinos disfrutaran de unos niveles de vida semejantes a los europeos antes de la Revolución industrial no sólo no sería extraño, sino lógico. De todos modos, una vez más la cuestión es el tiempo: lo que puede ser cierto para la Edad Media quizás no lo sea para la Moderna.

Dar por cierta la hipótesis de una China creativa y rica hasta una época muy cercana a la Revolución industrial exige dar respuesta a otras preguntas. En primer lugar, es necesario saber por qué esa civilización no dio el salto de la industrialización. Pomeranz no cree que a finales del siglo XVIII China se encontrase en un estado crítico. Lo que habría sucedido fue que se vio desbordada por una Europa que avanzaba más deprisa gracias a la Revolución industrial (lo que, en su opinión, debe mucho a la disponibilidad de recursos carboníferos) y a la conquista de nuevos territorios (sobre todo en América). En lo que hace a los límites de su crecimiento quizás la interpretación con más éxito ha sido la desarrollada por el historiador británico Mark Elvin en *The Retreat of the Elephants*, y conocida como “trampa del equilibrio de alto nivel”. En esencia, describe una situación de relativo equilibrio entre la población y los recursos caracterizada por un sistema agrícola muy eficiente pero sin posibilidades reales de crecimiento. Los bajos salarios desincentivaban la introducción de tecnologías ahorradoras de mano de obra, actitud que se veía reforzada por la creciente influencia del confucianismo. La tesis de Elvin resulta interesante; pero, como veremos, parece inconsistente con los datos disponibles.

En todo caso, es una explicación lo bastante convincente como para preguntarse por qué no sucedió lo mismo en Gran Bretaña en el siglo XVIII, donde los sistemas agrícolas también eran muy eficientes y, supuestamente, el país se enfrentaba a problemas semejantes de agotamiento de los recursos. Las explicaciones que se han ofrecido son variadas, pero todas inciden en el hecho de que, una vez más, Gran Bretaña –o Europa– eran diferentes. Por ejemplo, se argumenta que los ingleses pudieron escapar de esta “trampa maltusiana” porque disponían en abundancia de un recurso energético hasta entonces poco usado, el carbón. También se argumenta que disponía de más recursos derivados de la conquista de América y del comercio con Asia. Estas conquistas fueron logros derivados de la superioridad tecnológica occidental en la fabricación de armas y la construcción de barcos (y, según algunos, de nada más; Descartes, Hume y Newton no habrían sido personajes relevantes). Igualmente se argumenta que Occidente disponía de mejores instituciones que protegían mejor los derechos de propiedad y fomentaban la innovación y el desarrollo económico. Todo esto puede ser cierto o falso, pero lo que está claro es que una y otra vez volvemos a la idea de que Europa era diferente.

La interpretación de la gran divergencia que ofrezco en este curso es mucho más tradicional que revisionista. En esencia, admite la posibilidad de que existieran niveles de vida comparables entre algunas regiones asiáticas y europeas. Los argumentos de Pomeranz parecen lo bastante sólidos como para dar por seguro que de haber existido una diferencia a favor de Europa, no pudo ser grande. De todos modos, creo que esta hipótesis, o la contraria (una mayor aunque pequeña renta de China), es poco menos que indemostrable. Simplemente, no se pueden hacer comparaciones porque las sociedades eran muy distintas. Comer con cubiertos de metal, y no con palillos de madera, no es un rasgo de progreso técnico. Por supuesto hacer utensilios de metal es más complicado que hacerlos de madera; pero si los chinos no usaban tenedores no era porque no supieron hacerlos, sino porque no querían. Eso no les hacía ni más ni menos avanzados que los europeos; sólo eran diferentes. Aplíquese el mismo argumento a prácticamente todos los aspectos de vida cotidiana. Si pudiera decirse algo con cierta seguridad sobre este tema sería que antes de la Revolución industrial las

condiciones de vida de todos los campesinos del mundo eran semejantes. Las mismas preocupaciones sobre la fertilidad de la tierra, la cuantía de la cosecha y la detracción de una parte por los poderosos. Las mismas alegrías y miserias cotidianas. El mismo empeño en superar las dificultades, sacar adelante a los hijos y morir con alguna dignidad. Muchos elementos que los historiadores económicos tomamos como indicadores de un supuesto bienestar, como la disponibilidad de ganado, son errados porque, antes que nada, el ganado es un mero instrumento de trabajo; a veces, muy exigente. Otros indicadores, como la nutrición, son inciertos y condicionados por la costumbre. Así pues, encontrar diferencias en los niveles de vida de distintas civilizaciones puede resultar un ejercicio complicado y frustrante.

Pero lo peor es que muchas otras afirmaciones “revisionistas” sobre la gran divergencia, no tanto de Pomeranz como de otros autores, son, a mi juicio, exageradas o poco fundadas. Ante todo, encuentro poco convincentes las explicaciones de carácter ecológico/maltusiano sobre la falta de innovación tecnológica en China o India, sobre la prosperidad occidental y sobre muchas otras cosas. Creo que para su cumplimiento exigen la incorporación de hipótesis *ad hoc*. Y, en fin, creo que lo que sabemos las refutan o, como mínimo, no las sostienen. El argumento básico es el siguiente: Durante el siglo XIX (y, en muchos casos, antes; y también después) hubo un espectacular crecimiento demográfico en muchos países de lo que hoy llamamos Tercer Mundo. Ese crecimiento sucedió sin que se diera ninguna de estas dos circunstancias: 1º un incremento significativo de las importaciones de alimentos básicos. 2º una mejora significativa de la productividad agrícola. Por tanto, la única forma de explicar el aumento de la población es suponer que existían recursos – tierra– sin utilizar, o que los mecanismos de distribución del excedente agrícola eran muy deficientes. O, más probablemente, una combinación de las dos. En cualquier caso, estamos muy lejos de las trampas maltusianas de alto, medio o bajo nivel. En general, creo que los enfoques maltusianos o neomaltusianos son muy deficientes a la hora de explicar grandes fenómenos históricos. Sobre esto me ocuparé enseguida.

Tampoco los argumentos que tratan de explicar las diferencias en el crecimiento económico de las civilizaciones por la disponibilidad de recursos naturales en Occidente, y su presunta inexistencia en Oriente, parecen razonables. En primer lugar, porque si el ámbito de estudio es algo tan amplio como una civilización, los recursos suelen ser parecidos en todas partes. Pero, además, porque el recurso natural que habría marcado esa diferencia, el carbón, no explica nada. La producción siderúrgica antes de la Revolución industrial era demasiado pequeña como para estar condicionada por la mayor o menor disponibilidad de yacimientos mineros; de los que, por otro lado, China disponía en abundancia. Y aún hay otro argumento: la Revolución industrial no comienza con el carbón. En las primeras décadas la principal fuerza motriz de los telares mecánicos en Inglaterra como en el resto de Europa eran los saltos de agua. Para cuando el carbón empezó a ser ampliamente usado la primera fase de la industrialización estaba cubierta.

Por otro lado, la contribución de la expansión europea a su desarrollo económico fue, a mi juicio, muy modesta; y nunca crucial. Lo que se puede decir de los mercados de manufacturas en la Europa preindustrial es que su importancia era inversamente proporcional a la distancia; lo que, por otro lado, es bastante lógico. Hasta finales del siglo XVIII o, más bien, comienzos del XIX, la India nunca fue un mercado para Gran Bretaña; al contrario, era una exitosa competidora. América sí fue un mercado importante para los productos textiles europeos –e ingleses–. Pero de mucha menor importancia que el propio mercado europeo. En realidad, el comercio extra-europeo era mucho más brillante que importante debido a los costes de transporte. El comercio de Europa con otros continentes se basaba en mercancías de elevado precio por unidad de peso o volumen, como especias, telas, porcelanas, azúcar, té, tabaco o cacao. Todos ellos eran productos prescindibles en el sentido de que los europeos no hubieran vivido más años si no hubiesen disfrutado de ellos (en algún caso, como el tabaco y el ron, hubiesen vivido más y/o mejor). Seguramente la principal contribución de estos productos ultramarinos al desarrollo europeo fue indirecta, a través de la llamada “Revolución del consumo”. En cuanto a la importación de metales preciosos de América, cerca de un siglo de investigaciones parecen haber dejado claro que sus efectos sobre el desarrollo económico europeo fueron modestos

porque modestas eran las cantidades importadas con relación a las transacciones económicas del continente. Por lo demás, una parte menor aunque considerable terminó en China e India.

Otra cosa es que las consecuencias de esa expansión fueran importantes en esos continentes. Sin duda, lo fueron en África por la infame trata de hombres. Y también en América debido a la propagación de enfermedades allí desconocidas. La conquista española se saldó con la destrucción de las civilizaciones precolombinas y la muerte de millones de seres humanos en América y África. Sin embargo, los efectos sobre el Islam y la India fueron mucho más modestos y, en general, positivos. En cuanto a China y Japón, las consecuencias de la llegada de los europeos fueron poco más que nulas antes de finales del siglo XVIII (y de mediados del XIX en Japón). Como en Europa, y por las mismas razones, las consecuencias de la llegada de metales americanos a Asia no pudieron ser importantes. En cambio, las consecuencias de la adaptación de plantas americanas sí lo fueron.

En fin, la idea de la “depredación” europea sobre el mundo es una posición moral antes que un objeto de análisis. Sería equivalente a preguntarse sobre la depredación de los nómadas de las estepas o los beduinos del desierto sobre Europa (y también Asia). Lo que sucede es que en Europa, y para Europa, esta idea se plantea en términos diferentes a cualquier otra depredación; es decir, como instrumento necesario para la acumulación capitalista. Precisamente por eso la depredación europea fue mucho menos destructiva que otros saqueos históricos. De hecho, fue muy constructiva y tuvo muy poco de saqueo (obviamente hay excepciones, como el Congo de Leopoldo II de Bélgica). Y esto es algo que conocen bien los pueblos del Tercer Mundo que, gracias a la colonización, el imperialismo o como queramos llamarlo, han salido de una pobreza milenaria. En todo caso, ésta es una cuestión que desborda los objetivos de un curso abierto circunscrito a la no-Europa anterior a 1800 y que, por tanto, no indaga sobre los efectos de la expansión europea en el desarrollo económico de las metrópolis o las colonias (o no-colonias).

Al margen de aquellos episodios, no creo que sea razonable hablar de “globalización” para cualquier siglo anterior al XIX. Por supuesto, todo depende de lo que por ello entendamos. Pero lo que entendería como tal una persona normal con conocimientos mínimos de economía no se ajusta para nada a lo que ha venido en llamarse “sistema mundial”, “economía- mundo”, “primera globalización”, etc. Lo que esa persona entendería por globalización sería la conexión de los principales mercados del mundo. Es decir, la conexión comercial de Occidente, India e China (quizás Japón) en el comercio de sus principales mercaderías; o, al menos, en las que constituyen la parte principal de su comercio exterior. Además, sería necesario que esa conexión fuera lo bastante estrecha como para que las diferencias en los precios en frontera sólo respondieran a los costes de transporte. Así, vivimos en un mundo globalizado porque un tipo en París puede comprar un coche japonés, lo mismo que un tipo en Tokio puede comprar un burdeos. Y porque ninguno de los dos pagará un precio desorbitado por esos bienes. Al respecto, la bibliografía disponible es muy concluyente; podría decirse que contundente: no hubo integración de mercados (ni por tanto globalización económica) hasta mediados del siglo XIX por lo menos. Quizás todo el problema sea semántico: llamamos globalización a cosas diferentes.

Por cierto, del mismo que hasta el siglo XIX no hubo una verdadera globalización de los mercados de bienes, tampoco la hubo de los mercados laborales. En la misma Europa no se puede hablar de migraciones importantes antes de comienzos o mediados de ese siglo. Más o menos lo mismo (quizás menos que más) se puede decir de los mercados de capitales. Es significativo que, por ejemplo, el precio del oro en términos de plata (o viceversa) en China fuera marcadamente diferente del que había en el resto del mundo hasta, una vez más, el siglo XIX (y lo fue aún más, y durante más tiempo, en Japón). En resumen, tampoco el funcionamiento de esos mercados de capitales permite afirmar que la globalización existiera antes de ese siglo XIX; al menos, en los términos en los que convencionalmente suele emplearse ese término. Otra cosa es que hubiera una fuerte integración de mercados muy específicos, como los de las especias. O una mayor

integración en ciertos ámbitos menores al “globo”, como el océano Atlántico. Pero la globalización “de verdad” es otra cosa.

La revisión de los argumentos revisionistas alcanza al mismo progreso tecnológico chino. En este caso la cuestión no estriba en averiguar si existió; es evidente que China estuvo más adelantada que Europa o el Islam durante muchos siglos. La cuestión está en los efectos a largo plazo. Al revés de lo que sucede hoy en día, China fue una extraordinaria precursora de invenciones; pero también una pésima desarrolladora de esas invenciones. Algunas de las más decisivas tuvieron que ser “redescubiertas” por los europeos o los árabes precisamente porque habían quedado encerradas en el Imperio Celeste como artefactos curiosos e inútiles, manifestaciones de un genio caprichoso y fugaz. Aún peor, en la Edad Moderna China se fue volviendo más y más renuente a la aplicación de tecnología europea, que iba siendo superior a la propia. Algo similar se puede decir de la industria textil india, la mayor del mundo hasta finales del siglo XVIII; fortaleza que, sin embargo, no sirvió para dar el salto al maquinismo.

En definitiva, las tesis revisionistas sobre la gran divergencia son, a mi juicio, poco afortunadas. No obstante, precisamente por eso el tema adquiere mucho más interés. Si la gran divergencia hubiese comenzado poco después de 1800 sería inevitable, y fácil, atribuir todos los cambios a la Revolución industrial. Pero si, como se sostiene aquí, fue muy anterior, debemos buscar explicaciones que seguramente irán mucho más allá del análisis económico; por ejemplo, en el entramado institucional o en la cultura china, india o islámica. Esas explicaciones son mucho más escurridizas... e interesantes. En todo caso, no hay que olvidar que al circunscribir el análisis a la No-Europa anterior a 1800 estamos dejando sin contestar muchas cuestiones importantes. En realidad, la mitad del problema. La gran divergencia es un *gap* en el nivel de renta (o de bienestar, o de las condiciones de vida, etc.) de Europa y Asia; pero aquí sólo se explica la curva inferior, el sustraendo. El minuendo es otra historia.

Una última observación: este curso no quiere incurrir en una visión eurocéntrica de la Historia Económica; pero es necesario explicar el significado de esta palabra. Una explicación histórica de un hecho ocurrido fuera de Europa es eurocéntrica si concede un peso desproporcionado a los europeos (u occidentales, o cristianos, o como se les quiera llamar). Ser eurocéntrico no es un “pecado” mayor que ser “sinocéntrico” o “islamocéntrico”. Acaso sea menor porque los europeos estuvieron en muchos más sitios que los demás. En todo caso, ser eurocéntrico no es una deficiencia moral, sino intelectual. No hay un eurocentrismo “bueno” y un eurocentrismo “malo”. Simplemente, una visión eurocéntrica de la Historia es poco afortunada.

Hay, al menos, dos formas de ser eurocéntrico. La primera es la de aquellos que cuentan las victorias de las tropas europeas sobre las de los países tropicales como victorias de la civilización sobre la barbarie. Quienes escriben de este modo hacen honor al viejo dicho de que la Historia la escriben los vencedores; una afirmación que, en general, no es cierta: la Historia la escriben los historiadores. La otra forma de ser eurocéntrico es contar las victorias de las tropas europeas sobre las de los países tropicales como victorias de la barbarie sobre la civilización. Quienes escriben de este modo hacen honor al viejo dicho de que la Historia juzgará a los verdugos; una afirmación que, en general, no es cierta: la Historia llega demasiado tarde para juzgar. Cualquiera de estas dos posiciones es, evidentemente, incorrecta.

En general, la primera, la euroglorificación, es un modo de pensar más característico del siglo XIX y la primera mitad del XX que de la actualidad. El eurocentrismo más corriente hoy en día no consiste en dar una imagen positiva de los europeos, sino en dar una gran imagen de Europa, una enorme imagen. Incluso si es negativa; de hecho, mejor si es negativa. En fin, hay un extenso eurocentrismo políticamente correcto que apenas esconde su arrogancia detrás de la falsa modestia. Encuentro profundamente ofensivo para los habitantes del Tercer Mundo (yo no lo soy) que se les diga que son pobres por nuestra culpa (quiero decir, la de nuestros supuestos y remotos antepasados), como si ellos no fuesen responsables de sus actos (es decir, sus antepasados). La realidad es que,

de un modo u otro, cada uno de nosotros es responsable de sus actos. Y por cierto, nadie es responsable de los actos de sus antepasados.

ÁMBITO DE ESTUDIO

Las grandes civilizaciones no-europeas que serán objeto de estudio son el Islam, India, China y Japón. Serán agrupadas en dos capítulos: “Islam e India” y “China y Japón”. Previamente, un capítulo estudiará el proceso de expansión territorial de Europa en otros lugares del mundo, especialmente América. Antes de seguir es conveniente explicar por qué se estudian esas civilizaciones y no otras, y por qué se hace de esta forma.

La principal razón para excluir a muchos pueblos “primitivos”, como los mongoles, los zulúes o los aborígenes de Australia, es estrictamente demográfica. En el próximo capítulo lo veremos con más detalle, pero baste decir que esas poblaciones eran comparativamente poco numerosas. Es cierto que las variaciones en la densidad de población parecen haber sido muy acusadas entre unas y otras culturas. Pero en todos los casos la densidad de población de los pueblos “primitivos” era muy inferior a la de las sociedades “civilizadas”.

El motivo por el que no se aborda el estudio de las diversas civilizaciones del Sureste asiático es su indefinición. Es cierto que allí se alcanzaron densidades de población considerables, así como un grado de desarrollo económico y cultural bastante sofisticado. Sin embargo, muchas de las

culturas y pueblos de Indochina e Indonesia forman parte, en mayor o menor medida, de otros ámbitos culturales. Es cierto que hay elementos propios, empezando por el idioma. Pero en muchos aspectos su arte, su filosofía, su religión o la forma en la que desarrollaron sus relaciones comerciales, son incomprensibles sin observar las civilizaciones china, india o islámica. Por ejemplo, hasta tiempos relativamente recientes la religión dominante en Java era una forma de islamismo que desde la perspectiva de cualquier escuela coránica hubiera pasado por herética y hasta diabólica. En la contigua isla de Bali la gente practicaba una forma de hinduismo repleta de advocaciones locales. Por lo demás, el nivel de conocimiento que tenemos de esas culturas no es tan completo como el de las grandes civilizaciones.

Hay buenos motivos para considerar a Rusia como una parte de Occidente; y también las hay para tratarla como algo diferente. El Principado de Moscovia aparece en las estepas rusas como una remota resurrección de la Ortodoxia griega, la Tercera Roma, sin apenas contactos con Europa central u occidental. Era una entidad política distante no sólo en términos físicos, sino también culturalmente. No obstante, casi desde el primer momento, y de forma acelerada a partir del reinado de Pedro I el Grande, hubo una lenta pero constante occidentalización, que fue paralela a la expansión territorial. Así, conforme las fronteras de aquella Rusia se expandían hacia el Este y el Sur, las clases gobernantes, y luego el pueblo llano, miraban al Oeste. Este proceso de occidentalización no se puede dar por completo hasta, paradójicamente, la Revolución bolchevique; al fin, el marxismo es una construcción occidental. Por tanto, tratar a Rusia como parte de Occidente es, sobre todo, un problema de óptica.

Como veremos, los europeos no condicionaron significativamente la evolución de la India hasta la segunda mitad del siglo XVIII. Pero esto no significa que ese país viviera al margen del mundo. Desde el siglo XIII el norte y el centro políticamente formaron parte del Islam. Primero a través de varios estados musulmanes de vida corta, como los reinos *ghaznaví* y *ghórida*. Luego, en los siglos XIII al XV, con el sultanato de Delhi. Y finalmente con el gran Imperio mogol. Durante un breve período,

en el paso de los siglos XVII a XVIII, casi toda la India formó parte de ese imperio. Luego vino la desintegración del poder y, poco después, la colonización británica.

Por supuesto, en modo alguno esto significa que la India fuera musulmana. En los siglos XIII y XVII, como en el XX, la religión de la inmensa mayor parte de los indios ha sido ese complejo innominado y polimórfico que Occidente vino a llamar hinduismo. En muchos aspectos el islam y el hinduismo son confesiones antitéticas (pese a lo cual, de su maridaje surgió una nueva religión, el sijismo). Pero desde una perspectiva económica no es fácil separar a la India del resto del Islam. Por supuesto, existían instituciones, recursos y obstáculos específicos de la India; pero lo mismo podría decirse de muchos países islámicos. En cambio, a través del derecho y el comercio, el islam marcó todas y cada una de las actividades económicas con independencia de que fueran realizadas por hindúes o por musulmanes. Incluso cuando se analizan las instituciones específicamente indias resulta imposible abstraerse de la influencia musulmana. Por ejemplo, el sistema de castas, una especificidad nacional que presumiblemente ha tenido consecuencias muy dañinas sobre el bienestar de la población. Las explicaciones habituales sobre el atraso de la India con respecto a otras civilizaciones enfatizan el papel desempeñado por los sistemas de propiedad de la tierra o la tributación fiscal, aspectos en los que el Estado tenía un papel decisivo. Y en la mayor parte de los casos ese Estado era musulmán; es decir, estaba regido por gobernantes musulmanes que actuaban sobre bases jurídicas y principios políticos semejantes a los que existían en el Islam. En definitiva, lo que de específico tiene la India, que es más que suficiente como para considerarla una civilización única, sin embargo no es suficiente como para hacerla merecedora de un tratamiento distinto en el terreno económico. Con todo, trataremos de identificar las peculiaridades del subcontinente.

Desde una perspectiva cultural, Japón fue una sociedad muy dependiente de China hasta, al menos, el siglo XVI. Salvando las distancias, su caso sería semejante a los de Vietnam o Corea, países integrados en la esfera cultural china, y que aquí no se tratan. Además, durante mucho tiempo el

archipiélago japonés sólo fue un pobre, lejano y poco habitado conjunto de islas sin mayor interés económico. Sólo desde el siglo XII o XIII podemos hablar de una sociedad relativamente compleja. Así pues, no parece que haya especiales motivos para dar a este país un tratamiento especial. Sin embargo, Japón es merecedor de su propio epígrafe por una razón: fue la única nación que supo dar una respuesta exitosa al reto de Occidente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acemoglu, Daron, 2013: *Por qué fracasan los países*. Deusto.
- Elvin, Mark, 2006: *The retreat of the elephants: an environmental history of China*. Yale University
- Ferguson, Niall, 2012: *Civilización: occidente y el resto*. Debate.
- Frank, Andre Gunder, 1998: *Reorient: global economy in the Asian age*. University of California Press
- Jones, Eric L, 1990: *El milagro europeo*. Alianza
- Landes, David, S., 2008: *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Crítica
- Marks, Robert, 2007: *Los orígenes del mundo moderno*. Crítica.
- Needham, Joseph, 1977: *La gran titulación: ciencia y sociedad en Oriente y Occidente*. Alianza
- Pomeranz, Keneth, 2000: *The great divergence: China, Europe, and the making world economy*. Princenton University.
- Williamson, Jeffrey G., 2013: *El desarrollo económico mundial en perspectiva histórica*. Prensas Universitarias de Zaragoza.